


ANA BALLESTEROS OLIVA

Titania

Y

EL NOVENO
MANDAMIENTO

UNIVERSO
de LETRAS 



Agradecimientos

Quisiera agradecer a las personas que me apoyaron en todo momento en esta aventura personal.

A mi marido, que sin él jamás hubiera podido convertir mi sueño en realidad, gracias David.

A mis hijos, Salva y Alejandro, que sin duda serán siempre el motor de mi vida.

Una vez más me despierta el tintineo de las campanillas del jardín, esta vez con el cielo nublado que pasará de un gris claro a un gris oscuro, hoy no tendremos el privilegio del Este de ver el Sol.

Me dispondré a tomar un café como todas las mañanas, delicioso momento del día. Sentada junto a la ventana observando el paisaje, alejada del mundanal ruido y el estrés de la ciudad, donde he pasado temporadas de mi vida.

Desde mi ventana puedo ver el prestigioso paisaje que me envuelve. Los árboles son altos, tanto que cuesta alzar la vista para alcanzar donde terminan y la yerba espesa inunda todo el terreno, que por cierto está un poco olvidado, pues mi trabajo apenas me deja tiempo libre, solo limitarme a escribir.

Aproximándome a los cincuenta, casi medio siglo de mi vida, no esperaba mucho más de lo que había recibido. Premiada dos veces por mis libros de poesía, no podía estar descontenta de mi vida acomodada. Al menos era afortunada por lo que podía hacer por mí misma.

Mi ignorancia de que mi vida podía ser perfecta con un marido e hijos, era evidente que había fracasado.

Después de lo vivido en mi matrimonio, estaba inmune en el amor completamente. Mi vida matrimonial fue una ilusión creada por mí, de la cual no estaba feliz por ello. Me había alejado por completo de todo, yéndome a residir a las afueras de Aldán, mi pueblo natal para estar tranquila y rodearme de la naturaleza.

Aldán en realidad era una parroquia antiguamente, es un pueblo pequeño, prácticamente una ría rodeada de barrios y aldeas con todo lo necesario.

Casi puedo oler aún el arroz al bogavante que hacía mi madre una vez al año por Navidad, cuando todo para ella era un gasto inútil, la luz, el agua caliente o el secador. Recuerdo los días que me lavaba el pelo y tenía que secármelo al aire libre, pasaba un frío terrible, o cuando tenía que comerme las sobras del día anterior. En fin... la enfermedad del dinero que hace a un hogar desmoronarse. Ahora vivía por fin como deseaba, mi casa estaba decorada por mí, el dormitorio lleno de todo tipo de amuletos, como atrapa sueños que con ironía les llamaba “mata sueños”, un árbol de la vida y un sinfín de objetos para la buena fortuna. Supongo que algunos me ayudaron y otros se olvidaron de hacerlo sobre todo con respecto al amor. Ahora si me apetecía un arroz al bogavante solo tenía que bajar al pueblo y comerlo en alguno de sus restaurantes. En mi casa no faltaban los berberechos, las navajas y sobre todo el champán, esa bebida espumosa que me hacía olvidar todo lo malo que había dejado atrás.

Estaba entregada ahora en escribir un libro, tenía que hacerlo, era mi historia, perteneciente a gran parte de mi vida desde mi niñez, no podía fingir que lo había olvidado.

¿Qué empuja más a un lector a leer un libro?

Una historia basada en hechos reales.

Mi historia va más allá, es humana, es sencilla y profunda en que las conclusiones serán varias, los personajes son reales y la fantasía llega a términos surrealistas.

Por cierto, mi nombre es Mayte.

Mi historia comienza en un día de verano de mil novecientos ochenta y dos.

Apenas con ocho años de edad, lo recuerdo como si estuviera viviéndolo ahora mismo, los días se hacían largos y aburridos, en la calle apenas se oía el bullicio de los niños jugando pues en vacaciones todos se preparaban para huir a lugares más cálidos y menos lluviosos, aunque yo disfrutaba viviendo aquí, la brisa del mar por las mañanas, los paseos por el bosque... pero claro, todo motivo de huida tenía su explicación, pues muchas familias querían visitar sitios nuevos y para eso se necesitaba mucho dinero, que por desgracia mi madre no gastaba ni una peseta (ay, nuestra querida peseta, cuanto la echo de menos). Por suerte me encantaba dibujar y eso hacía que mis tardes fuesen más llevaderas y entretenidas.

Una mañana como cualquier otra, me despertó un murmullo que procedía de la calle. Más allá de mi imaginación, pensaba que serían unos vecinos dándose los buenos días como de costumbre, pero el murmullo no cesaba haciéndose cada vez más intenso. Me levanté de un salto, solo podía esperar lo que me había imaginado pero no fue así, lo que pude observar a través de la ventana

fue mucho movimiento en la casa de enfrente, hacía tiempo que nadie la habitaba siempre pensé que estaba abandonada, en la puerta aparcaron dos taxis y un camión de mudanzas. No podía dejar de mirar, estaba intrigada. Del primer coche bajaron tres chicos altos y me parecieron muy guapos, rondarían los quince y veinte años, iban muy bien vestidos aunque sus maletas algo deterioradas. De la parte del copiloto salió una mujer muy alta con el pelo negro y una trenza que le llegaba a mitad de la espalda, y su tez era muy blanca. Del taxi que le precedía salieron dos chicos y una niña también muy guapos, la niña llevaba en brazos un infante, iba cubierto con una capa azul y apenas se podían percibir calzado ni ropa, pues la capa lo cubría por completo, me pareció extraño que en pleno verano fuera tan tapado. De la parte delantera salió un hombre alto y delgado, vestido con traje y chaqueta que a mi parecer era bastante anticuado. Me preguntaba por qué unas personas tan llamativas se habían mudado a aquella casa tan despreocupada.

Recuerdo a los vecinos asomados mirando entre cortinas, pero se les podía apreciar a una distancia considerada. En ese momento entró mi madre en la habitación tan oportuna como siempre y exclamó.

—¿Sabes? Ya tenemos nuevos vecinos, veo que estás observando igual que el resto. Supongo que será buena gente aunque nunca se sabe, deben ser testigos de Jehová o del Opus Dei, porque he contado seis, más los padres ocho en total.

—No mamá, son nueve en total —contesté—.

—¿Nueve? ¡Por Dios! Que exageración.

Supongo que para mi madre alimentar tantas bocas hubiera sido una catástrofe total, como la que esperaba toda su vida, por eso tenía la alacena llena de provisiones. Su enfermedad de no gastar apenas nada que no fuera lo necesario, pero realmente qué era lo necesario para ella, ¿solo un plato de comida recalentado? Y si

no te lo comías lo dejaría para el día siguiente. Tras soltar una de sus típicas frases salió de la habitación. Por fin podía observar tranquila sin interrupciones. En ese momento la chica le pasó el infante a la mujer que sería su madre y por unos segundos la capa se deslizó dejando ver una melena rizada y rubia que brillaba aun con la ausencia del sol. Estaba emocionadísima con todo lo que acontecía aquella mañana. Era una niña, y eso me hacía feliz, ¿tendría una nueva amiga? Con la suerte que tenía seguro que sería extranjera y hablaría otro idioma, aun así no me importaba en absoluto.

En ese instante, oí a mi madre que me llamaba para comer, me daba pereza abandonar mi lugar pero el hambre me reclamaba, por lo tanto iría a dar un bocado antes de convertirme de nuevo en espectadora.

Me apresuré a bajar al oír a mi padre entrando en casa exclamando.

—¿Qué pasa en la calle que hay tanto movimiento?

Fui corriendo hacia él para darle un fuerte abrazo. Era muy atento conmigo y cariñoso, y mucho menos arrogante que mi querida madre. Como contestación a la interrogación de mi padre, prosiguió mi madre.

—¿Sabes? Se han mudado a la casa de enfrente, la que estaba deshabitada y abandonada, y son muchos hijos. Deben ser de alguna secta religiosa o algo parecido sino, a quién se le ocurriría tener tantos hijos.

Llegada la noche y el movimiento en la casa no cesaba, entrada de muebles, cajas, algún que otro baúl... empezaba a tener sueño, ese día apenas me había separado de la ventana y necesitaba descansar. Me quedé plácidamente dormida en la cama.

Al día siguiente me despertaron los rayos del sol, no podía creerlo, por fin el sol después de unos días nublados, necesitaba luz solar para poder disfrutar de los largos y cálidos días de verano.

Ya había atardecido y como siempre me disponía a sentarme en el portal con alguna que otra muñeca para entretener mis aburridas horas, aunque esa tarde era diferente a las demás, había vecinos nuevos.

Las aceras ocupadas por vecinos sentados en su portal para tomar la fresca como de costumbre, pues era un pueblo conservador, los murmullos apenas audibles de sus conversaciones en parte entendibles, lo suficiente para comprender cuál era la comidilla del día, la novedad vecinal. Al principio se pensaban que venían de Rumanía por sus vestimentas, hasta que se les oyó hablar en gallego. De donde procedieran no me importaba en absoluto, como era una niña sólo tenía algo tan simple en la mente que era jugar con otra niña.

De repente observé que la niña se sentaba en el portal de su casa, era muy llamativa, el pelo largo y rubio que se mezclaba con mechones castaños claritos, la tez blanca e iba vestida de blanco con unos lazos de color azul, eso es lo que podía alcanzar mi vista. Por un instante nos miramos las dos, pero supongo que la timidez nos hizo bajar la mirada.

En ese mismo momento llegó mi padre, se quedó mirándome y me dijo:

—¡Ya tenemos nuevos vecinos!

—Papá, creo a ver visto una niña sentada en el portal.

—¿Una niña?

—Sí.

—¿No te atreves a ir verdad? —negué con la cabeza en contestación a su pregunta—. Vamos, dame la mano y yo te acompaño.

Miré a mi madre que salió un momento al oír a mi padre, pensé que no me dejaría ir, pero no dijo nada tan solo un movimiento afirmativo con la cabeza.

A medida que íbamos acercándonos vi que la niña se metió en su casa, estaba muy nerviosa y me temblaban las piernas. Al llegar, mi padre llamó a la puerta.

Abrió la puerta una mujer alta y esbelta, la cual nos saludó con educación.

—Buenos días, ¿qué desea?

—Quería darles la bienvenida al vecindario.

—Nos alegra que seamos bienvenidos al menos por un vecino. Mi nombre es Freya.

—Encantado Freya, me llamo Emilio. Ella es mi hija Mayte, es muy tímida y quería conocerles.

Freya se inclinó hacia mí y con una sonrisa me invitó a entrar en su casa.

—¿Te apetece merendar algo y te presento al resto de la familia?

—No quisiera causarles molestias.

—No es ninguna molestia, estaría encantada y además vivimos justo en frente por lo que si se hiciera tarde se la llevaría yo misma a casa.

—No tengo dudas en que estará en buenas manos, si necesitaran cualquier cosa, sabe dónde encontrarnos. Un placer conocerla.

—El placer es mío.

Mi padre me miró con gesto de aprobación y se despidió de mí dirigiéndose a casa.

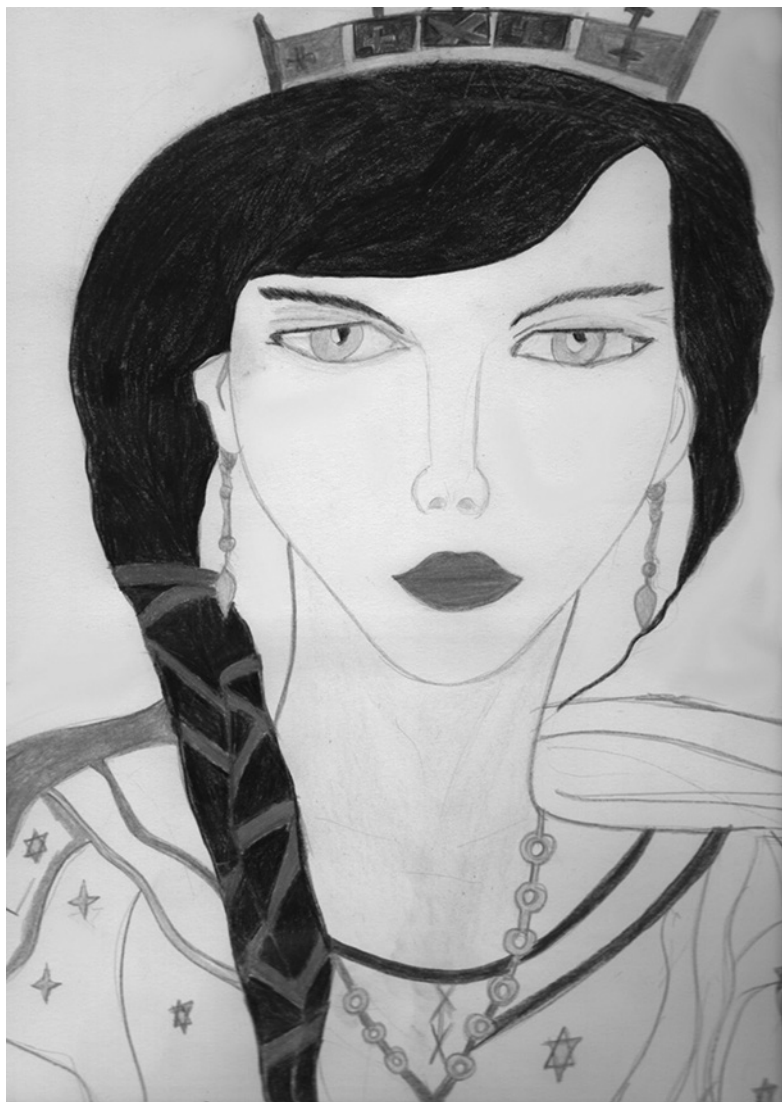
Cuando entramos Freya me presentó a su hija, Titania. Tenía siete años recién cumplidos, uno menos que yo, pero para la edad que tenía aparentaba ser mayor por su altura. Ya dentro pude percibir un aroma a jazmín que daba un ambiente fresco y cálido a la vez, parece que lo estoy sintiendo ahora mismo. La puerta de hierro vieja seguía allí, resistiendo al paso del tiempo como podía, sobre ella había una herradura algo oxidada sujeta con un

clavo y la barandilla de la escalera estaba adornada con una guirnalda de margaritas, me pareció algo bonito y extraño a la vez. Mi actitud de ser una observadora hacía que me fijara hasta en el más mínimo detalle. Un poco más adelante había una alacena bajo la escalera igual que la de mi casa, pero al verla no se parecía en nada. Ese pequeño espacio era como entrar en un mundo de entretenimiento, toda clase de juegos de aprendizaje y sobre todo juguetes, muchos juguetes. Sobre la puerta tenía una cruz de madera. La siguiente estancia era el comedor, la casa no era muy grande pero me pareció acogedora y humilde, los muebles eran un poco viejos y se apreciaba que tenía muchos golpes, imagino que sería por el traslado, también tenía una pequeña librería llena de libros, incluida La Biblia. Cuando llegamos al patio que estaba situado al final de la casa, me llamó la atención la gran variedad de campanillas que había. Luego subimos a su habitación que la compartía con su hermana, era más pequeña que la habitación de sus hermanos pues eran cinco varones. Pude observar un calcetín asomándose por debajo de la cama de Titania, algunas cosas me parecían extrañas, pero no le di importancia, era una niña y solo pensaba en jugar. Estuvimos juntas toda la tarde, se me pasó muy rápida y me sentía muy feliz.

Fue el principio de toda una historia.

Ese verano se me hizo muy corto, todas las mañanas me despertaba feliz de poder ver a Titania. Desayunaba rápido y de inmediato me dirigía a la puerta, le daba un escueto adiós a mi madre y me disponía a ir a la casa de enfrente.

Cuando entraba a su casa, el olor a jazmín, la herradura sobre la puerta, la guirnalda de margaritas, el sonido de las campanillas, el pastel de pan hecho por Freya, era todo perfecto, me sentía tan a gusto que nunca quería irme de esa mágica y acogedora casa, era algo increíble el poder estar allí. Me sentía una privilegiada.



El verano llegaba a su fin, pero antes quería mostrarle a Titania mi lugar favorito que seguro le encantaría, la Finca de Frendoal.

Esa última mañana de verano me lo propuse, me levanté pronto, como cada día al llegar a su casa, su madre me decía que seguía durmiendo y allí estaba yo para despertarla. Hoy le sorprendería con el lugar que le quería mostrar.

—¡Buenos días dormilona! ¡Levántate y desayuna algo que nos vamos! Te llevaré con mí bici.

—Vale, vale... ¿pero dónde vamos?

—Es una sorpresa.

Se levantó con una amplia sonrisa. Ella era así, alegre, sonriente, inocente y la niña más maravillosa que nadie podía haber conocido.

Subimos a la bici y nos apresuramos para llegar lo antes posible, ella se aferraba fuertemente a mí. Teníamos que darnos prisa, pues hoy el sol estaba muy tembloroso con esas nubes oscuras que lo tapaban por momentos.

Cuando llegamos al final del camino, dejamos la bici y seguimos andando, llegamos a una casa en ruinas, que estaba allí desde tiempos remotos, era el punto de inicio del lugar al que nos dirigíamos.

—Este será nuestro castillo —le dije—.

—¡Sí! Y le saludaremos cada vez que pasemos por su lado.

—¡Claro que sí!

A continuación, había un río de aguas cristalinas.

—¡Es aquí! —exclamé—.

Titania estaba feliz, una sonrisa de alegría se dibujaba en su cara. Era un paisaje hermoso, con árboles interminables y una espesa vegetación. Era un momento mágico, nos cogimos de las manos, saltando, corriendo y por fin nos tumbamos en la hierba espesa, mirábamos al cielo ignoradas por el resto de la humanidad, recuerdo ese momento como el más feliz de mi vida. La quería, hacía sentirme bien, con ella no te aburrías ni un momento, era como estar con un ángel, perfecta por fuera y hermosa por dentro. No hay mayor satisfacción que encontrar a alguien que te haga sentir que estas viva.

Ya estaban a punto de comenzar las clases. Y como todos los días, íbamos a nuestro rincón secreto. Saludábamos a nuestro cas-

tillo, también pedíamos permiso a los árboles y nos sentábamos en la espesa vegetación. Una tarde dijo Titania:

—Tienen la hierba bien cuidada.

—¿Quién? —respondí extrañada—. Aquí nadie cuida nada, es la propia naturaleza que se encarga de ello.

—No, son los Pixies quienes cuidan de la vegetación.

—¿Los Pixies? ¿Qué son?

—Son espíritus traviesos, pero grandes trabajadores, les dejaremos un poco de pan cada vez que vengamos, pero nada de oro o ropa, porque les ofenderíamos y se irían.

—No sé de qué hablas, pero si te hace feliz, les dejaremos un poco de pan.

En ese instante comenzó a llover y nos tuvimos que ir. Por la noche ya en casa, cené pronto y me fui a dormir, estaba agotada. Una vez en la cama pensaba en lo que había dicho Titania aquella tarde, “Pixies” ¿de dónde había sacado ese nombre?, seguro que lo habría leído en algún sitio. No quería pensar más en ello y sin darme cuenta me quedé dormida.

Dentro de poco terminarían las vacaciones de verano y comenzarían las clases. Titania no vendría conmigo al colegio, pues su padre le daría clases particulares en casa. Su padre era un hombre muy sabio y muy considerado, pues alguna que otra vez nos daba alguna moneda y siempre la misma cantidad a las dos por igual.

No estaba entusiasmada con el hecho de tener que volver al colegio y dejar de pasar el día entero con Titania, pero tenía que asumir mi responsabilidad.

Ya teníamos la rutina encima, llegó el frío y con él las tormentas, las clases y todo un conjunto de horarios y deberes que realizar cada día. No por ello cambió nada entre nosotras, nuestra amistad crecía cada vez más, como también lo hacíamos nosotras.

Las navidades eran mis fiestas favoritas, mi casa estaba poco adornada, apenas un árbol de plástico de esos baratos, con dos o tres cintas por encima y alguna bola de color en las ramas. También se acercaba el cumpleaños de Titania, que era en fechas navideñas, aunque su familia no celebraba los cumpleaños, una tradición que se mantenía generación tras generación. En su casa, el árbol de Navidad era natural, con preciosos adornos que nunca había visto, estrellas, mariposas, ángeles hechos de papel de colores, los cuales brillaban con purpurina plateada y dorada.

Pasaron las navidades y pasaron los años... cuatro años para ser exactos.

Nos remontamos a mil novecientos ochenta y seis y nuestra amistad permanecía intacta estaba claro que habían pasado unos cuantos años en la que había evolucionado la vida y como no, nuestra apreciada televisión. Tenía el honor de ver los sábados por la mañana nuestra querida “La Bola de Cristal” con mi admiración por “Alaska” y mi estimada “Familia Adams”. Me sorprendía también cómo habíamos enfocado Titania y yo nuestro mágico rincón.

Nos trasladamos a noviembre, una tarde cualquiera a la salida del colegio. Me apresuraba a llegar a casa para hacer los deberes, merendar e ir a ver a mi amiga, cuando unas voces gritaron mi nombre y al girarme vi que eran dos compañeras de clase, Laura y Clara, unas niñas espabiladas con las que me divertía en el patio y eran simpáticas conmigo.

—¿Por qué tanta prisa? —dijo Laura—.

—Quiero llegar a casa cuanto antes y realizar las tareas.

—Oye, podríamos quedar alguna tarde contigo y tu misteriosa amiga —continuó Clara—.

—¿Misteriosa? ¿Por qué dices eso?

—No sé —manifestó Laura—. Es lo que se comenta por aquí, se dice que pertenecen a alguna secta y que sus vestimentas son muy raras.

—¿A caso los conocéis como para hablar de ellos?

—No, por eso mismo nos gustaría quedar alguna tarde con vosotras, además, ya sabes cómo son las tardes de aburridas aquí —insistía Laura—. Piénsalo, sería más divertido que fuésemos más, ¿no crees?

—Bueno, supongo que podríamos quedar mañana, se lo diré a Titania. No creo que le moleste.

—¡Bien! —exclamaron Laura y Clara ilusionadas— Pues entonces hasta mañana.

—¡Hasta mañana! —contesté—

Esa misma tarde se lo comenté a Titania.

—He hablado con dos compañeras de clase y les gustaría pasar alguna tarde con nosotras, quieren conocerte. ¿Te parece bien que vayamos con ellas a nuestro rincón mágico?

—No se... ¿compañeras de clase? Pensaba que era solo para nosotras dos.

—Algún día tendremos que relacionarnos con más niñas, no solo las dos para siempre.

—Supongo que tienes razón, pero yo estoy muy bien así, no me hace falta nadie más. Espero que respeten nuestras normas.

—Estoy segura, Clara y Laura son muy espabiladas, sí lo harán.

—Mayte, espabiladas no significa que sean respetuosas, buenas o inteligentes.

—Supongo que fue mi empatía la que decidió que era buena idea que vinieran y se divirtieran con nosotras.

—Yo no puedo ir, Mayte. Pero si te apetece, puedes hacerlo tú. Ten mucho cuidado.

Después de hablar con Titania no tenía muy claro si había sido buena idea quedar con ellas, pero bueno, sería una oportunidad para que otras niñas conocieran nuestro lugar.

Al día siguiente pasé a por ellas.

—¡Hola! Veo que habéis sido muy puntuales.

—Sí, pero al parecer tu amiga no lo es —comentó Laura—.

—No, es que hoy no puede venir.

—Vaya, que pena. ¿Qué podemos hacer para no aburrirnos?

—Si queréis os puedo llevar a un sitio donde solemos ir Titania y yo, ¿os parece bien?

El trayecto les pareció un poco alejado y pronto se cansaban de caminar. Íbamos hablando de las clases y que nos gustaría ser de mayores. Sobre todo lo que hablaban era de chicos y temas muy triviales para mí. Cuando llegamos les dije que había unas normas que debían cumplir y si no se cumplían no podrían pasar.

—¿Qué normas? —dijo Laura con extrañeza—.

—¿Veis ese castillo?

—¿Eso es un castillo? —profirió con sarcasmo Clara—. Yo solo veo una casa en ruinas.

—Para nosotras lo es, tenéis que ver más allá, buscar en vuestra imaginación.

—Nosotras solo vemos unas ruinas.

Seguimos adelante aunque sus contestaciones no eran de mi agrado. Cuando llegamos al claro donde nos sentábamos Titania y yo, las flores adornaban aquel lugar, había de todo tipo, margaritas, rosas, claveles, jazmín, etc. Entremezclaban una fragancia cautivadora, tal que ni los más famosos perfumistas franceses podrían llegar a emular. Nos sentamos y comenzó un diálogo.

—Esa amiga tuya, ¿cómo dices que se llama, que nunca me acuerdo? —dijo Laura—

—Se llama Titania.

—¿Por qué no viene a nuestro colegio? —interrogó Clara—

—Ellos pertenecen a una congregación y tienen sus clases particulares, pero no creáis por eso que sean más ignorantes, al contrario que nosotras va dos cursos adelantada y a veces me ayuda con los deberes y me lo explica de un modo diferente a la profesora, más sencillo y fácil de entender.

—Aun así es curioso que no se relacione con nadie y tenga clases particulares. —anotó Laura—

—Bueno... Es así, cada familia tiene sus costumbre, no por ello son peores que nosotros.

En ese momento se levantó Laura, se fue caminando hacia el césped prohibido, entonces le grité.

—¡No Laura, no pises ahí!

—¿Por qué no?

—Titania dice que no se puede pisar, ¿no ves esas florecitas rojas? Te indica que está prohibido.

—Esa amiga tuya no sabe nada, son simplemente amapolas rojas.

Entonces comenzó a pisar el césped prohibido, sentándose y acostándose encima de él. Me quedé paralizada sin poder emitir ninguna palabra. Se levantó y vino hacia nosotras arrancando todas las flores que se cruzaban en su camino.

Me sentía impotente, en ese momento me di cuenta que nadie entendería nuestro lugar mágico, me rompió el corazón que no cumplieran las normas. Entonces nerviosa y alterada, llena de ira, ni siquiera me reconocía a mí misma fui hacia ella.

—¡No! ¡No arranques más flores!

—Solo son flores, ¿qué te pasa?

—¡No! ¡Para! ¿No sabes que las flores, una vez las arrancas las matas? Se convierten en flores muertas.

La agarré fuertemente y taponé sus fosas nasales con la mano.

—¿Qué haces? —dijo alarmada mientras retiraba mi mano con un movimiento brusco— ¡Estás loca!

—¡Es lo que ellas sienten cuando las arrancas, se van ahogando! ¡No respetáis la naturaleza! ¡Fuera de aquí las dos!

—¿Pero qué te pasa Mayte, no es para tanto? —quiso Clara calmar la situación—

—Y tú, te he visto pisar una pobre mariquita.

—Solo es un bicho, no pasa nada.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí y no volváis a venir nunca jamás!

Se alejaron propinando toda clase de palabras mal sonantes.

Me fui corriendo sin mirar atrás a casa de Titania, tenía que contarle lo sucedido. Llamé a la puerta y me abrió Leanan. Me lancé a sus brazos llorando.

—Lo siento, no ha sido buena idea. Lo he estropeado todo.

—¿Qué ocurre chiquilla? Tranquila, pasa y siéntate, te prepararé una infusión.

Me senté y como pude le expliqué lo sucedido.

—No eran apropiadas para ese lugar, equivocarse es de humanos, no podemos esperar que todo el mundo sea como nosotras. Te voy a decir algo Mayte, tal vez ahora no lo entiendas porque aun eres pequeña. La ignorancia no simboliza la inocencia, es la propia inocencia la que simboliza la pureza.

En aquel momento por mi temprana edad, no entendí la frase, pero con el tiempo he comprendido su significado. Lo que Leanan quiso decir era que se confunde la inocencia con la ignorancia, por tanto la inocencia es pureza, y la mayoría de personas envidian esa pureza cuando se dan cuenta que la han perdido por querer madurar antes de tiempo.

Pasaron unos días después de la trágica tarde poco amistosa, sabía que en el colegio se hablaba de mí y mi relación con Titania. Se rumoreaba que ella estaba un poco ida, eso sí, no la conocían como yo y es fácil criticar a alguien sin conocerlo. En aquel tiempo y con esa edad me sentía un poco desconcertada.

Todos los días era un infierno ir al colegio para mí, solo me miraban como si fuera un bicho raro y pocos eran los que se acercaban para hablar conmigo, no necesitaba amigas, si en el patio estaba sola, era porque nadie fue lo suficientemente bueno para mí.

Un día al salir de clase Clara me llamó, algo que me sorprendió mucho.

—Hola Mayte.

—Hola —contesté con desconfianza y sequedad—.

—Quería disculparme por lo del otro día, lo he pensado bien y no fue muy apropiado por nuestra parte.

—Tranquila, ya está olvidado.

—Quería decirte que Laura está muy enferma.

—¿Enferma? ¿Qué le pasa?

—No lo saben, ni siquiera el médico de cabecera. Mañana se la llevan al hospital, está como en coma y no se despierta. Esta tarde iré a verla, ¿quieres venir conmigo?

—Sí, claro, iré contigo a verla.

Quedamos para visitarla después de merendar y nos despedimos. Sabía que mi obligación era contárselo a Titania, Laura estaba muy enferma y por un momento se me pasó por la cabeza que podría ser a causa del césped prohibido, aunque no tenía

muy claro en que creer. Antes de verme con Clara, me pasé por casa de Titania. Leanan me abrió la puerta.

—Hola Mayte, Titania está en la habitación. ¿Quieres que la llame?

—Sí, es algo urgente.

—¿Te ha pasado algo?

—A mí nada, es a otra persona.

—¿A otra persona, qué quieres decir?

—Dile que baje y lo hablamos.

Titania bajó, con pasos apenas perceptibles. Estaba sentada en el comedor con Leanan, la cual estaba preocupada a la espera de mi relato.

—¿Pasa algo Mayte?

—Es Laura.

—¿Laura, qué pasa con ella?

—Está muy enferma, me lo ha dicho Clara esta tarde.

—¿Qué síntomas tiene?

—Según dice Clara, ha ido el médico de cabecera y no sabe lo que tiene. Se la llevan mañana al hospital, está prácticamente en coma casi dos días.

Titania se levantó de la silla de un sobresalto, su cara de preocupación me asustó.

—¿Se sentó Laura en el césped prohibido?

—Sí, intenté que no lo hiciera, pero no me hizo caso. Me siento responsable.

—No es culpa tuya Mayte, no cumplieron las normas y por tanto no eran lo suficientemente buenas para ese lugar, pero ahora ya está hecho.

—Entonces, ¿qué le pasa? ¿Tú lo sabes?

—Mayte, en el mundo de las hadas, el respeto a la naturaleza es primordial.

—¿Hadas? Pero yo pensaba que todo era fantasía.

—Aun no te has enterado de nada Mayte, pero ahora no es momento para explicaciones. Como te decía hay algo más que pueda ofender con gran facilidad a las hadas y es arrancar las flores de su hábitat.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Es una maldición Mayte, se sentó en aquel césped. En algunas flores habitan las asrai. Son hadas en miniatura que se derriten fácilmente con el sol, son inofensivas, pero las flores favoritas de las hadas son las serpol, es peligrosísimo entrar en casa con una de esas flores, también están las campánulas, en Escocia le dan el nombre de campanas del sueño. No sabemos qué tipo de flor se llevó, pero solo le queda un día hasta que entre en un coma irreversible, ningún médico podrá hacer nada por ella.

—¡Es horrible, hay que salvarla! —exclamó Leanan—

—Te bajaré un trébol, el cual tienes que ponerlo bajo de la almohada y así romperá el embrujo de las hadas. Tienes que hacerlo Mayte, si quieres que viva.

Cogí el trébol que estaba dentro de un sobre y lo guardé en la chaqueta, no tenía claro que simplemente un trébol curase la enfermedad de Laura, pero tenía que intentarlo. Les di un beso y un abrazo a las dos para despedirme, era casi la hora de verme con Clara. Apunto de llegar donde había quedado con Clara, la vi esperándome, se le veía muy nerviosa y preocupada.

—Hola Clara. ¿Estás lista? Intenta tranquilizarte, seguro que se pondrá bien.

—Hola Mayte. Sí, lo estoy —contestó con la cabeza agachada—.

Por el camino nos invadía un profundo silencio, hasta que lo rompí. Quería averiguar si lo que dijo Titania podía ser cierto.

—¿Sabes si Laura se llevó alguna flor del bosque a casa?

—Sí, me enseñó una que le había llamado mucho la atención. ¿Por qué lo dices?

—No, por nada, no tiene importancia.

Llegamos a casa de Laura y nos abrió su madre. Su rostro compungido por la preocupación, sus ojos rojos de llorar, denotaba que lo estaba pasando francamente mal por la situación. Nos invitó a pasar a la habitación para verla. La vi tumbada en la cama, con los ojos cerrados. Su tez estaba pálida, la delgadez que en tan solo dos días había hecho mella en su rostro daba la impresión de no haber comido en semanas. Su madre y Clara permanecían en la habitación conmigo. Tenía que buscar el momento idóneo para colocar el trébol debajo de la almohada, pero con ellas allí resultaba una tarea complicada. De pronto llamaron a la puerta y su madre salió de la habitación para abrir. Aprovechando la coyuntura le pedí a Clara que me trajera un vaso de agua, aceptó y salió en busca de mi petición. Era el momento que esperaba, me acerqué lentamente hacia la cama, levanté la almohada con delicadeza y observé que le caía el pelo, deposité temblorosamente el trébol y volví a dejar todo como estaba. Apartándome de ella de pronto me agarró el brazo, me miraba fijamente, su cara deformada por la enfermedad, su piel pegada a los huesos, sus ojeras negras, me asustó tanto que no pude ni gritar, me quedé paralizada del miedo.

—¿Qué haces loca? ¡Iré a por ti! Siempre serás una perturbada como tu amiga.

Me solté con brusquedad, sus ojos inyectados en sangre, parecía como si de un demonio se tratase, no la reconocía en esa mirada. Sin darme cuenta, un grito salió de mi garganta, como si mi alma tuviera voluntad propia y buscara ayuda por mí. En ese momento entró Clara, seguida por los padres de Laura.

—¿Qué ocurre Mayte? —preguntaron asustados casi al unísono—.

—No, no pasa nada. Por un momento me pareció como si hubiera abierto los ojos. Pero sería mi imaginación.

Todavía me tiembla el cuerpo al recordar aquel momento. Necesitaba salir de allí cuanto antes, los nervios me estaban asfixiando, así que me excusé para ir al servicio.

De camino al baño oí que hablaban de mí, por lo que retrocedí y me escondí tras la puerta para escuchar lo que decían.

—¿Por qué has tenido que traerla? —le hablaba la madre de Laura a Clara—. Ya sabes lo que dicen de ella por el pueblo. Es mejor que su madre se hubiera quedado como estaba.

Me entró rabia y dolor al oír esas palabras tan duras, pasé de largo por la habitación y salí de aquella casa dando un fuerte portazo. Salí corriendo con lágrimas en los ojos, no podía entrar en mi casa y que me vieran así, necesitaba consuelo y me dirigí a casa de Titania. Al llegar me abrió la puerta Leanan.

—¿Qué te ha pasado Mayte?

La abracé tan fuerte que no quería separarme de ella.

—Relájate, vamos a sentarnos. Inspira lenta y profundamente por la nariz y espira lenta y profundamente por la boca. Así te relajarás, hazme caso.

Así lo hice, nos sentamos, cerré los ojos y me guiaba por ella, notaba como mis pulsaciones iban pausándose.

—Cuéntame despacio que te ha pasado.

—Cuando tuve la ocasión hice lo que Titania me aconsejó, le coloqué el trébol debajo de la almohada. Estaba dormida, muy pálida, parecía como si estuviera muerta. De pronto me agarró del brazo y su cara estaba desencajada, parecía una maniática o algo parecido. Me dijo que vendría a por nosotras y del miedo grité. Entonces vinieron todos a la habitación y expliqué que me había parecido que había abierto los ojos. Me disponía a ir al servicio para relajarme cuando les oí que hablaban de mí, cosas horribles, que en el pueblo no me querían.

—Mayte, ¿solo es eso? No tienes que preocuparte por esas tonterías. Tienes que pensar que la mayoría de los vecinos del